G. K. Chesterton

El candor del padre Brown

Traducción de Alicia Bleiberg

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Innocence of Father Brown*

Primera edición: 1988
Quinta edición: abril de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-223-8
Depósito legal: M-150-2026
Printed in Spain

Índice

9 1. La cruz azul
40 2. El jardín secreto
73 3. Las extrañas pisadas
105 4. Las Estrellas Errantes
128 5. El hombre invisible
155 6. El honor de Israel Gow
179 7. La forma errónea
208 8. Los pecados del príncipe Saradine
239 9. El martillo de Dios
266 10. El ojo de Apolo
292 11. La muestra de la espada rota
321 12. Los tres instrumentos de la muerte

1. La cruz azul

Entre la cinta plateada de la mañana y la reluciente cinta verde del mar, el barco arribó a Harwich y soltó un enjambre de personas como moscas, entre las cuales no destacaba en absoluto, ni deseaba hacerlo, el hombre al que debemos seguir. No había nada notable en él, excepto un leve contraste entre sus desenfadadas ropas de vacaciones y la gravedad oficial de su rostro. Llevaba una chaqueta ligera, de color gris pálido, un chaleco blanco y un sombrero de paja blanca con una cinta gris azulada. Su cara delgada resultaba, en contraste, oscura, con su recortada barba negra que parecía española y sugería una golilla isabelina. El hombre iba fumando un cigarrillo con la seriedad del ocioso. Nada en él indicaba que la chaqueta gris escondía un revólver cargado, que en el chaleco blanco había una tarjeta de policía, o que el sombrero de paja cubría uno de los cerebros más poderosos

de Europa. Porque este hombre era nada menos que Valentin, el jefe de la policía de París y el investigador más famoso del mundo, y venía de Bruselas con destino a Londres para proceder al arresto más importante del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido las huellas del gran criminal por fin desde Gante hasta Bruselas, de Bruselas hasta el Hoek van Holland; y se conjeturaba que se aprovecharía de alguna forma de la confusión y el desconocimiento que creaba el Congreso Eucarístico, que en esos momentos se celebraba en Londres. Probablemente viajaría disfrazado de funcionario de poca categoría o de secretario relacionado con el Congreso; pero, por supuesto, Valentin no estaba seguro: nadie podía estar seguro de nada referente a Flambeau.

Hace ya muchos años que este gigante del crimen cesó repentinamente de agitar el mundo con sus actividades; y cuando lo hizo, como se dice que ocurrió tras la muerte de Roldán, descendió una gran paz sobre la tierra. Pero en sus mejores tiempos (peores, quiero decir, naturalmente) Flambeau era una figura tan colosal y tan célebre internacionalmente como el Káiser. Prácticamente a diario los periódicos anunciaban que había eludido las consecuencias de un crimen extraordinario cometiendo otro nuevo. Era un gascón de estatura gigantesca y de gran valentía física; se contaban las historias más increíbles acerca de sus arranques de humor atlético: cómo había puesto patas arriba al *juge d'instruction,* apoyándolo

sobre la cabeza «para despejarle la mente», cómo había corrido por la Rue de Rivoli abajo con un policía bajo cada brazo. Hay que reconocer que empleaba su fantástica fuerza física en general para hazañas incruentas aunque humillantes para los demás; sus verdaderos crímenes, llenos de ingenio, se ceñían al campo del robo a gran escala.

Pero cada uno de sus robos era casi un nuevo pecado y constituiría una historia independiente. Él fue quien dirigió la gran Compañía Lechera Tirolesa en Londres, sin lecherías ni vacas, ni carros ni leche pero con unos mil clientes a los que servía por el sencillo procedimiento de retirar las lecheras de las puertas de otras personas y colocarlas a las puertas de sus propios clientes. Él fue quien mantuvo una inexplicable e íntima correspondencia con una damisela cuyas cartas eran interceptadas siempre, mediante el extraordinario sistema de fotografiar sus mensajes reducidos a un tamaño increíblemente pequeño sobre los portaobjetos de un microscopio. Sin embargo, muchos de sus experimentos eran de una sencillez asombrosa. Se dice que una noche cambió todos los números de una calle simplemente para hacer caer a un viajero en una trampa. Es seguro que fue él quien inventó el buzón portátil, que colocaba en las esquinas de las calles de barrios tranquilos, para hacerse con los giros postales que ocasionalmente depositaban en él los transeúntes. Finalmente, tenía fama de ser un acróbata sorprendente: a pesar de su gigantesco tamaño, podía saltar como un saltamontes y desaparecer entre las copas de los

árboles como un mono. Por ello, el gran Valentin, cuando se dispuso a encontrar a Flambeau, sabía perfectamente que sus aventuras no terminarían cuando lo encontrara.

Pero ¿cómo iba a encontrarlo? Sobre este punto, el gran Valentin no tenía todavía las ideas muy claras.

Había una cosa que Flambeau, a pesar de su capacidad para el disfraz, no podía ocultar y era su estatura excepcional. Si Valentin, con su aguda percepción, se hubiera tropezado con una verdulera alta, o un granadero alto o incluso con una duquesa de altura considerable, podría haberlos arrestado allí mismo. Pero en todo el tren no había nadie que pudiera ser un Flambeau disfrazado, del mismo modo que un gato no puede ser una jirafa disfrazada. En lo que se refería a la gente del barco, ya se había asegurado, y los que se habían incorporado en Harwich a lo largo del viaje eran solo seis. Había un funcionario de ferrocarriles de corta estatura que viajaba hasta la última estación, tres hortelanos más bien bajos que subieron dos estaciones después, una dama viuda muy bajita que iba a Londres desde una pequeña ciudad de Essex y un sacerdote católico también muy bajo que procedía de un pequeño pueblo de Essex. Cuando analizó este último caso, Valentin lo dejó por imposible y estuvo a punto de echarse a reír. El curita era la quintaesencia de las llanuras del Este: tenía una cara tan redonda e inexpresiva como un buñuelo de Norfolk, su mirada era tan vacía como el mar del Norte; llevaba varios paquetes envueltos en papel de estraza que no lograba sujetar. Sin

duda alguna, el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, ciegas y desamparadas, como topos que salieran a la luz. Valentin, al severo modo francés, era un escéptico y no sentía el menor afecto por los curas. Pero podía apiadarse de ellos y este cura en particular podría haber suscitado piedad a cualquiera. Llevaba un amplio y usado paraguas, que se le caía constantemente al suelo. No parecía saber qué hacer con su billete de ida y vuelta. El cura explicó a todos los ocupantes del compartimento con una sencillez bobalicona que tenía que tener cuidado, porque llevaba algo de plata auténtica «con piedras azules» en uno de sus paquetes de papel de estraza. Su pintoresca mezcla de paletería de Essex y de sencillez beata fueron un continuo motivo de diversión para el francés hasta que el sacerdote logró llegar a Stratford con todos sus paquetes y regresó a buscar su paraguas. Cuando lo recogía, Valentin tuvo incluso la bondad de advertirle de que no cuidara de la plata hablando de ella a todo el mundo. Pero hablara con quien hablase, Valentin seguía buscando a otra persona: buscaba cuidadosamente a cualquiera, rico o pobre, hombre o mujer, que midiera unos seis pies; porque Flambeau medía cuatro pulgadas por encima de esa talla.

Valentin se bajó en la estación de Liverpool Street, sin embargo, completamente seguro de que hasta ese momento no se le había escapado el criminal. De allí fue a Scotland Yard para regularizar su situación y dejar arregladas las cosas en caso de necesitar ayuda; luego encen-

dió otro cigarrillo y salió a dar un largo paseo por las calles de Londres. Según caminaba por las calles y plazas más allá de Victoria, se detuvo de repente y se quedó quieto. Estaba en una plaza pintoresca y tranquila, muy londinense, sumida en una quietud accidental. Las casas que lo rodeaban, altas y de tejados planos, parecían al mismo tiempo prósperas y deshabitadas. El macizo cuadrado que había en el centro parecía tan desierto como un verde islote del Pacífico. Uno de los cuatro lados era mucho más alto que el resto, como si tuviera un estrado; y la línea de ese lado quedaba interrumpida por uno de esos admirables accidentes de Londres: un restaurante que parecía haberse escapado de Soho. Era algo irracionalmente atractivo, con plantas enanas en macetas y largas persianas a rayas de color amarillo limón y blanco. Estaba situado a bastante altura de la calle y en la forma habitual de añadidos de Londres, había una escalinata desde la calle hasta la puerta principal, de modo semejante a como una escalera de incendios llegaría hasta la ventana del primer piso. Valentin permaneció fumando ante las persianas amarillas y blancas, mirándolas pensativamente durante largo rato.

Lo más increíble de los milagros es que ocurren. Ocurre que unas pocas nubes en el cielo se unen para formar el llamativo dibujo de un ojo humano. Ocurre que un árbol destaca en el paisaje de un viaje incierto y adopta la forma exacta y compleja de un punto de interrogación. Yo mismo he visto ocurrir esas dos cosas hace pocos días. Nelson muere efectivamente en el instante de la victoria;

y un hombre llamado Williams asesina de manera totalmente accidental a un hombre llamado Williamson; parece una especie de infanticidio. En resumen, en la vida hay un elemento de coincidencia mágica que las personas que apuestan por lo prosaico pueden no percibir jamás. Como queda bien expresado en la paradoja de Poe, la sabiduría debería contar con lo inesperado.

Aristide Valentin era profundamente francés, y la inteligencia francesa es inteligencia pura y simple. No era una «máquina pensante»; esa es una frase estúpida del fatalismo y del materialismo modernos. Una máquina solo es una máquina porque no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y un hombre elemental al mismo tiempo. Todos sus maravillosos éxitos, que parecían magia, eran el resultado de una lógica machacona, del pensamiento francés claro y vulgar. Los franceses conmueven al mundo no por ofrecer una paradoja sino por llevar hasta sus últimas consecuencias una perogrullada. Llevan muy lejos la perogrullada, como, por ejemplo, en la Revolución Francesa. Pero justamente porque Valentin comprendía la razón, también comprendía los límites de la misma. Solo un hombre que no sabe nada de motores habla de motores sin gasolina; solo un hombre que no sabe nada de la razón habla de razones sin principios básicos firmemente establecidos e irrefutables. En este caso Valentin no tenía principios básicos firmes. No había dado con Flambeau en Harwich; y si estaba en Londres, podía ser cualquier cosa, desde un vagabundo de elevada estatura en Wimbledon Common hasta un

alto maestro de ceremonias en el Hotel Métropole. En semejante estado de ignorancia, Valentin tenía un punto de vista y un método propios. En esos casos se apoyaba en lo inesperado. En esos casos, cuando no podía seguir el hilo de lo razonable, seguía fría y cuidadosamente el hilo de lo irrazonable. En vez de ir a los lugares adecuados, bancos, comisarías, lugares de encuentro, iba sistemáticamente a los lugares inadecuados: llamaba en todas las casas vacías, examinaba todos los *cul-de-sac,* recorría todos los senderos bloqueados de basura, seguía todas las vías que lo apartaban inútilmente de su camino.

Valentin defendía esta loca manera de actuar con toda lógica. Decía que si uno tenía una pista, ese era el peor sistema; pero si uno no tenía la menor pista, era el mejor, porque había la posibilidad de que algo raro que llamara la atención del perseguidor pudiera ser lo mismo que hubiera llamado la atención del perseguido. Uno debe empezar en alguna parte y más valía que fuera donde otro se detendría. Había algo en las escaleras que conducían al restaurante, en la quietud y peculiaridad del establecimiento que excitó la infrecuente fantasía romántica del detective y le hizo decidirse a probar al azar. Subió la escalera y, sentándose junto a la ventana, pidió un café solo.

Era ya media mañana y Valentin no había desayunado; los restos de otros desayunos sobre la mesa le recordaron el hambre que tenía, así que, añadiendo un huevo pasado por agua a su encargo, procedió meditabundo a poner azúcar al café, pensando todo el tiempo en Flambeau.

Recordaba cómo Flambeau había escapado, una vez gracias a un par de tijeras de uñas y otra gracias a una casa incendiada, otra vez pagando una carta sin franquear y otra consiguiendo que la gente mirara por un telescopio a un cometa que podría destruir el mundo. Valentin consideraba que su cerebro de detective era tan bueno como el del criminal, lo cual era cierto. Pero se daba cuenta claramente de su desventaja. «El criminal es el artista creador, el detective es solo el crítico», dijo con una sonrisa amarga y se llevó la taza de café a los labios lentamente y la volvió a dejar con rapidez. Le había puesto sal.

Valentin miró el recipiente del que había sacado el polvo blanco. Era, sin duda, un azucarero. Su propósito, indiscutiblemente, era contener azúcar, igual que una botella de champán contiene champán. Se preguntó por qué habían puesto sal en el azucarero. Miró a ver si había recipientes más ortodoxos. Sí había dos saleros llenos. Quizá había algún condimento especial en los saleros. Lo probró: era azúcar. Entonces miró a su alrededor, con un renovado aire de interés, para ver si había otros signos de ese singular gusto artístico que coloca el azúcar en los saleros y la sal en el azucarero. Con la excepción de una curiosa salpicadura de un líquido oscuro en una de las paredes empapeladas en blanco, todo el restaurante parecía en orden, alegre y corriente. Llamó al camarero.

Cuando este llegó apresuradamente, con el pelo revuelto y los ojos algo turbios a esa hora temprana, el detective (que no carecía de la capacidad para apreciar las

formas sencillas del humor) le pidió que probara el azúcar y viera si estaba a la altura de la reputación del establecimiento. El resultado fue que el camarero bostezó de repente y se despertó.

–¿Gastan ustedes esta delicada broma a sus clientes todas las mañanas? –inquirió Valentin–. ¿Nunca les aburre la broma de cambiar la sal y el azúcar?

El camarero, cuando entendió la ironía, le aseguró tartamudeando que el establecimiento no tenía esa intención en absoluto: debía de tratarse de un error extrañísimo. Cogió el azucarero y lo miró; cogió el salero y lo miró, con aire cada vez más sorprendido. Finalmente se disculpó y se alejó apresuradamente, volviendo unos segundos después con el propietario. Este examinó también el azucarero y el salero y mostró la misma sorpresa.

De repente el camarero empezó a soltar una larga parrafada casi ininteligible.

–Creo –tartamudeó afanosamente–, creo que fueron los dos sacerdotes.

–¿Qué dos sacerdotes?

–Los dos sacerdotes –dijo el camarero– que arrojaron caldo a la pared.

–¿Que arrojaron caldo a la pared? –repitió Valentin, seguro de que eso debía de ser alguna metáfora italiana.

–Sí, sí –dijo excitadísimo el camarero, señalando a la oscura salpicadura que había sobre el papel blanco de la pared–, lo arrojaron allí en la pared.

Valentin miró interrogante al propietario, quien vino en su ayuda con información más completa.

–Sí, señor –dijo–, es cierto, aunque no creo que tenga nada que ver con el azúcar y la sal. Vinieron dos sacerdotes, tomaron un caldo muy temprano, cuando acabábamos de abrir. Eran personas muy tranquilas y respetables; uno de ellos pagó la cuenta y salió; el otro, que parecía más torpe, tardó unos minutos más en reunir todas sus cosas. Pero al fin salió. Lo único es que, un instante antes de salir a la calle, cogió deliberadamente su tazón, que estaba medio lleno, y lanzó su contenido contra la pared. Yo estaba en la habitación de atrás, lo mismo que el camarero, así que aunque acudí a toda prisa, solo llegué a tiempo de ver la pared salpicada y el local vacío. No fue un desperfecto muy grande, pero me pareció que era de un descaro increíble. Traté de alcanzar a los hombres. Sin embargo, estaban ya demasiado lejos; solo pude ver que doblaban la esquina hacia Carstairs Street.

El detective se puso en pie como un rayo, con el sombrero puesto y el bastón en la mano. Ya había decidido que en la universal oscuridad de su mente lo único que podía hacer era seguir la primera y extraña indicación, y esta indicación era de sobra extraña. Pagó la cuenta y dejando caer tras él precipitadamente las puertas de cristal salió a toda velocidad hacia la otra calle.

Era una suerte que en momentos de tensión su vista se mantuviera serena y aguda. En una tienda por la que pasó, algo se le apareció como un mero destello; sin embargo, retrocedió para ver de qué se trataba. La tienda era una frutería popular, con una exposición de produc-

tos al aire libre, marcados con los nombres y los precios. En los dos cajones más destacados había dos montones, uno de naranjas y otro de nueces. En el montón de nueces había un trozo de cartón, sobre el que estaba escrito en llamativa tinta azul «naranjas, mandarinas superiores, dos por un penique». Sobre las naranjas aparecía la misma descripción clara y exacta: «Nueces del Brasil de calidad suprema, cuatro peniques la libra». Valentin miró los dos carteles y se le ocurrió que se había encontrado con esa forma tan sutil de humor antes y no hacía mucho de eso. Llamó la atención al sofocado frutero, que miraba con aire bastante malhumorado calle arriba y abajo, sobre la inexactitud de sus carteles. El frutero no dijo nada, pero puso cortantemente cada cartel en el lugar adecuado. El detective, apoyándose elegantemente sobre su bastón, continuó observando detenidamente la tienda. Finalmente dijo:

–Perdone mi aparente impertinencia, señor mío, pero me gustaría hacerle una pregunta sobre psicología experimental y la asociacion de ideas.

El congestionado tendero le miró amenazadoramente, pero Valentin continuó alegremente, balanceando su bastón.

–¿Por qué –prosiguió–, por qué hay dos carteles mal colocados en una frutería como un sombrero de teja que hubiera venido de vacaciones a Londres? O, por si no me explico bien, ¿cuál es la asociación mística que conecta la idea de nueces marcadas como naranjas con la idea de dos sacerdotes, uno alto y el otro bajo?

Al frutero casi se le salieron los ojos de las órbitas, por un instante pareció que se iba a lanzar sobre el desconocido. Finalmente tartamudeó enfadado:

–No sé qué tiene usted que ver con ello, pero si usted es amigo de ellos, les puede decir de mi parte que les partiré la cabeza, curas o no curas, si vuelven a descolocarme las manzanas.

–Ah, ¿sí? –preguntó el detective con gran simpatía–, ¿le desordenaron las manzanas?

–Uno de ellos lo hizo –respondió el acalorado tendero–. Las hizo rodar por toda la calle. Lo habría pillado si no fuera que tuve que recogerlas.

–¿En qué dirección se fueron esos sacerdotes? –preguntó Valentin.

–Por la segunda calle a la izquierda y luego cruzaron la plaza –contestó el otro rápidamente.

–Gracias –dijo Valentin y se esfumó como un espíritu. Al otro lado de la segunda plaza encontró a un policía y le dijo:

–Esto es algo muy urgente, guardia. ¿Ha visto usted a dos sacerdotes con sombrero de teja?

El policía empezó a reírse ruidosamente:

–Los he visto, señor y si quiere que le diga, uno de ellos estaba borracho. Estaba en medio de la calle tan perplejo que...

–¿Por dónde se fueron? –cortó Valentin.

–Tomaron uno de esos autobuses amarillos que paran allí –respondió el agente– de los que van a Hampstead.

Valentin sacó su tarjeta oficial y dijo muy deprisa:

–Llame a dos de sus hombres para que vengan conmigo tras ellos. –Y cruzó la calle con tan contagiosa energía que el voluminoso policía obedeció casi con agilidad. En un minuto y medio se unieron al detective francés, en la acera de enfrente, un inspector y un policía de paisano.

–Bien, señor –empezó el primero, con una sonrisa de importancia–. ¿Y qué puedo...?

Valentin señaló de repente con su bastón:

–Se lo diré en lo alto de ese ómnibus –dijo, lanzándose a través del tráfico. Cuando los tres, jadeantes, se encontraron sentados en los asientos del piso de arriba del autobús amarillo, el inspector dijo:

–Podríamos ir cuatro veces más deprisa en un taxi.

–Muy cierto –replicó plácidamente su guía–, pero solo si supiéramos adónde vamos.

–Bien, ¿adónde va usted? –preguntó el otro asombrado.

Valentin aspiró su cigarrillo con el ceño fruncido durante unos segundos y luego, apartándolo, dijo:

–Si uno *sabe* lo que hace un hombre, hay que precederlo; pero si uno quiere averiguar lo que está haciendo, hay que mantenerse detrás de él. Hay que vagar cuando él vaga, detenerse cuando él se detiene; moverse con la misma lentitud que él. Entonces puede uno ver lo que él vio y puede actuar como él actuó. Todo lo que podemos hacer es mantener los ojos bien abiertos ante algo bien extraño.

–¿Qué clase de cosa extraña quiere usted decir? –preguntó el inspector.

–Cualquier clase de cosa extraña –respondió Valentin. Y se sumió en un silencio obstinado.

El ómnibus amarillo subió trabajosamente por las calles del norte de la ciudad durante lo que parecía un tiempo interminable; el gran detective no se dignaba dar más explicaciones y quizá sus ayudantes sentían una duda callada y creciente respecto de su misión. Quizá, también, sentían un callado y creciente deseo de almorzar, porque ya había pasado la hora normal del almuerzo y las largas calles de la parte norte de Londres parecían alargarse como un infernal telescopio. Era uno de los viajes en que uno siente constantemente que ahora, por fin, ha llegado al final del universo, para encontrarse con que solo ha llegado al principio de Tufnell Park. Londres fue apagándose, mostrando sucias tabernas y malezas deprimentes y luego renació inexplicablemente, lleno de calles importantes brillantemente iluminadas y de llamativos hoteles. Era como atravesar trece ciudades corrientes separadas pegadas unas a otras. Pero aunque el crepúsculo invernal ya amenazaba la carretera que tenían delante, el detective parisino seguía callado y alerta, mirando las fachadas a ambos lados de las calles cuidadosamente. Cuando ya habían dejado atrás Camden Town, los policías estaban casi dormidos; al menos, se sobresaltaron cuando Valentin se levantó de un salto, colocó firmemente una mano sobre los hombros de los policías y gritó al conductor que se detuviese.

Bajaron las escaleras a trompicones y se encontraron en la calle sin darse cuenta de por qué los habían sacado

de su sitio; cuando miraron a su alrededor para ver qué pasaba encontraron que Valentin señalaba con aire de triunfo hacia una ventana en la acera izquierda de la calle. Era una ventana amplia, que formaba parte de la larga fachada de una fonda llena de adornos dorados, de aire palaciego; era la parte reservada para cenas de respeto y ostentaba un cartel que decía «Restaurante». Esta ventana, como las restantes que había en la fachada del hotel, era de cristal esmerilado decorado con figuras, pero en el medio presentaba un golpe, como una gran estrella negra sobre hielo.

–¡Por fin, una pista! –exclamó Valentin, agitando su bastón–. ¡El edificio de la ventana rota!

–¿Qué ventana? ¿Qué pista? –preguntó su ayudante principal–. ¿Qué prueba hay de que eso tenga nada que ver con ellos?

Valentin, furioso, casi rompió su bastón de bambú.

–¡Prueba! –gritó–. ¡Dios mío! ¡Este buen hombre busca pruebas! Por supuesto, existe una posibilidad entre veinte de que esto tenga algo que ver con ellos. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No se da usted cuenta de que no podemos hacer otra cosa que seguir esa única y remota posibilidad o si no, irnos a la cama? –Entró dando un portazo en el restaurante, seguido por sus compañeros y pronto se encontraron sentados en una mesita para tomar un tardío almuerzo, contemplando la estrella de cristal rajado desde el interior. La verdad, no es que les suministrara una gran información en esos momentos.

–Veo que tienen ustedes una ventana rota –dijo Valentin al camarero, mientras pagaba la cuenta.

–Sí, señor –contestó el camarero, inclinado con aire diligente sobre el cambio, al que Valentin, silenciosamente, añadió una propina enorme. El camarero se enderezó con suave pero inconfundible animación.

–Ah, sí, señor –dijo–. Una cosa muy extraña, señor.

–¿Ah, sí? Cuéntenos –dijo el detective con descuidada curiosidad.

–Bueno, vinieron dos señores vestidos de negro –dijo el camarero–. Dos de esos sacerdotes extranjeros que andan por ahí. Tomaron un almuerzo barato, tranquilamente, y uno de ellos pagó y salió. El otro se disponía a unirse a él cuando miré de nuevo el cambio y me di cuenta de que me había pagado casi tres veces de más. «Oiga», le dije al tipo que ya estaba casi fuera del restaurante, «han pagado ustedes de más». «Ah», dice, tan tranquilo, «¿hemos pagado de más?». «Sí» le digo y cojo la cuenta para enseñársela. Bueno, me quedé de piedra.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó su interlocutor.

–Pues que yo habría jurado sobre siete biblias que había puesto cuatro chelines en esa cuenta. Pero vi que había escrito catorce chelines, tan claro como el agua.

–¿Y bien? –exclamó Valentin, moviéndose lentamente pero con ojos iluminados–. ¿Qué pasó?

–El sacerdote que estaba ya en la puerta me dice con toda tranquilidad: «Lamento confundir sus cuentas pero servirá para pagar la ventana». «¿Qué ventana?»,